



Juan Carlos Onetti
Tan triste como ella
So traurig wie sie

Juan Carlos Onetti

1909 – 1994 (1963)

Tan triste como ella

Para M. C.

Querida Tan Triste:

Comprendo, a pesar de ligaduras indecibles e innumerables, que llegó el momento de agradecernos la intimidad de los últimos meses y decirnos adiós.

Todas las ventajas serán tuyas. Creo que nunca nos entendimos de veras; acepto mi culpa, la responsabilidad y el fracaso. Intento excusarme –sólo para nosotros, claro– invocando la dificultad que impone navegar entre dos aguas durante X páginas. Acepto también, como merecidos, los momentos dichosos. En todo caso, perdón. Nunca miré de frente tu cara, nunca te mostré la mía.

J. C. O.

Años atrás, que podían ser muchos o mezclarse con el ayer en los escasos momentos de felicidad, ella había estado en la habitación del hombre. Un dormitorio imaginable, un cuarto de baño en ruinas y desaseado, un ascensor trémulo; sólo eso recordaba de la casa. Fue antes del matrimonio, pocos meses antes.

Quería ir, deseaba que ocurriera cualquier cosa– la más brutal, la más anémica y decepcionante–, cualquier cosa útil para su soledad y su ignorancia. No pensaba en el futuro y se sentía capaz de negarlo.

Pero un miedo que nada tenía que ver con el dolor antiguo la obligó a decir no, a defenderse con las manos y la rigidez de los muslos. Sólo obtuvo, aceptó, el sabor del hombre manchado por el sol y la playa.

Soñó, al amanecer, ya separada y lejos, que caminaba sola en una noche que podía haber sido otra, casi desnuda con su corto camisón, cargando una valija vacía. Estaba condenada a la desesperación y arrastraba los pies descalzos por calles arboladas y desiertas, lentamente, con el cuerpo erguido, casi desafiante.

El desengaño, la tristeza, al decir que sí a la muerte, sólo podían soportarse porque, a capricho, el gusto del hombre renacía en su garganta en cada bocacalle que ella lo pedía y ordenaba. Los pasos doloridos se iban haciendo lentos hasta la quietud.

Juan Carlos Onetti

1909 – 1994 (1963)

So traurig wie sie

Für M.C.

Liebe So-Traurig:

Mir ist klar, daß trotz der unzähligen, kaum erklärbaren Bindungen der Augenblick gekommen ist, uns der Vertraulichkeit der letzten Monate dankbar zu erinnern und Adieu zu sagen.

Alles wird für dich sprechen. Ich denke, wir haben uns nie wirklich verstanden; ich nehme die Schuld auf mich, die Verantwortung und das Versagen. Ich versuche, mich zu entschuldigen – nur unter uns natürlich – mit Bezug auf die Schwierigkeiten, die es mit sich bringt, zwischen zwei Meeren auf X Seiten zu navigieren. Ich zähle allerdings auch die glücklichen Augenblicke zu meinen Verdiensten. Wie auch immer – ich bitte um Verzeihung. Niemals habe ich dir je ins Gesicht gesehen, niemals habe ich dir meines gezeigt.

J. C. O.

Vor Jahren, es waren viele, oder sie fanden sich wieder im Gestern in den wenigen Augenblicken des Glücks, war sie einmal in der Wohnung des Mannes gewesen. Es gab eine Art Schlafzimmer, ein baufälliges schmuddeliges Badezimmer, einen schwankenden Fahrstuhl; nur daran erinnerte sie sich. Das war vor ihrer Ehe, ein paar Monate vorher.

Sie wollte gehen, sie hoffte, daß irgendetwas geschähe – etwas besonders rüdes, blutarm und enttäuschend – irgendetwas für ihre Einsamkeit und Ahnungslosigkeit. Sie dachte nicht an die Zukunft, es fiel ihr leicht, diese zu ignorieren. Aber eine Angst, die nichts mit dem alten Schmerz zu tun hatte, zwang sie, nein zu sagen, sich mit den Händen zu verteidigen, sich mit den Beinen zu sperren. Nur den Geschmack des Mannes, mit Spuren von Sonne und Strand, nahm sie wahr, sie akzeptierte ihn.

Sie träumte im Morgengrauen, da lebte sie schon getrennt, weit weg, wie sie in einer Nacht wie jeder anderen in ihrem kurzen Nachthemd fast nackt allein zu Fuß ging, einen leeren Koffer in der Hand. Von Verzweiflung überwältigt, schleppte sie sich barfuß durch von Bäumen gesäumte verlassen Straßens, langsam, aufrecht, fast trotzig.

Die Enttäuschung und die Traurigkeit, das Annehmen des Todes, war nur auszuhalten, weil sich der Geschmack des Mannes in der Kehle, eine Laune der Natur, an jeder Kreuzung erneuerte, was sie wünschte und dem sie seinen Lauf ließ.

Entonces, a medias desnuda, rodeada por la sombra, el simulacro del silencio, alguna pareja lejana de faroles, se detenía para absorber ruidosa el aire.

Cargada con la valija sin peso, saboreaba el recuerdo y continuaba caminando de regreso.

De pronto vio la enorme luna que se alzaba entre el caserío gris, negro y sucio; era más plateada a cada paso y disolvía velozmente los bordes sanguinolentos que la habían sostenido. Paso a paso, comprendió que no avanzaba con la valija hacia ningún destino, ninguna cama, ninguna habitación.

La luna ya era monstruosa. Casi desnuda, con el cuerpo recto y los pequeños senos horadando la noche, siguió marchando para hundirse en la luna desmesurada que continuaba creciendo.

El hombre estaba más flaco cada día y sus ojos grises perdían color, aguándose, lejos ya de la oscuridad y la súplica. Nunca se le había ocurrido llorar y los años, treinta y dos, le enseñaron, por lo menos, la inutilidad de todo abandono, de toda esperanza de comprensión.

La miraba sin franqueza ni mentira todas las mañanas, por encima de la poblada, renga mesa del desayuno que había instalado en la cocina para la felicidad del verano. Tal vez no fuera totalmente suya la culpa, tal vez resulte inútil tratar de saber quién la tuvo, quién la sigue teniendo.

A escondidas ella le miraba los ojos. Si puede darse el nombre de mirada a la cautela, al relámpago frío, a su cálculo.

Los ojos del hombre, sin delatarse, se hacían más grandes y claros, cada vez, cada mañana. Pero él no trataba de esconderlos; sólo quería desviar, sin grosería, lo que los ojos estaban condenados a preguntar y decir.

Tenía entonces treinta y dos años y se iba extendiendo, desde las nueve hasta las cinco, a través de las oficinas de un local enorme. Amaba el dinero, siempre que fuera mucho, así como otros hombres se sienten atraídos por mujeres altas y gordas, tolerando que sean viejas, sin importarles. Creía también en la felicidad de los fatigosos fines de semana, en la salud que descendía para todos desde el cielo, en el aire libre.

Estaba allá o aquí, presentía el dominio sobre cualquier forma de dicha, de tentación. Había amado a la pequeña mujer que le daba comida, que había parido una criatura que lloraba incesante en el primer piso. Ahora la miraba con asombro: era, fugazmente, algo peor, más abajo, más muerto que una desconocida cuyo nombre no nos llegó nunca...

Refiriendose al derecho del autor, se puede presentar solamente esta pequeña parte.

Die schmerzhaften Schritte wurden langsam bis zum Stillstand. Dann, halbnackt, umgeben von Schatten, Ebenbildern von Stille, weit weg ein paar Laternen, hielt sie inne, holte geräuschvoll Luft.

Beladen mit ihrem schwerelosen Koffer, genoss sie die Erinnerung und lief weiter, zurück.

Plötzlich sah sie den riesigen Mond, der hinter den grauen Häusern aufstieg, den dunklen, schmutzigen; mit jedem Schritt gewann er an Silberglanz und löste sich schnell von den blutigen Rändern, die ihn aufgehalten hatten. Allmählich wurde ihr klar, daß es für sie und ihren Koffer kein Ziel gab, kein Bett, kein Zimmer.

Der Mond war ungeheuer. Fast nackt, mit aufrechtem Körper, die kleinen Brüste voran, ging sie weiter in die Nacht, einzutauchen in den maßlosen, weiter aufsteigenden Mond.

Der Mann wurde jeden Tag schwächer und seine grauen Augen verloren an Farbe, verdarben, ohne Tiefe und Flehen. Er hatte noch nie weinen müssen und die Jahre, jetzt zweiunddreißig, hatten ihn immerhin die Sinnlosigkeit jeglichen Verzichts und jeglicher Hoffnung auf Verständnis gelehrt.

Er sah sie jeden Morgen ohne Offenheit und ohne Lüge über dem vollgestellten wackligen Frühstückstisch, der in der Küche für das Sommerglück aufgebaut war. Vielleicht war es nicht allein seine Schuld, es war sinnlos, zu versuchen, herauszufinden, wer Schuld hatte, wer sie weiter hätte.

Heimlich betrachtete sie seine Augen. Wenn man diese Vorsicht, den kalten Blitz, diese Berechnung überhaupt Blick nennen kann.

Die Augen des Mannes wurden, ohne sich zu verraten, größer und klarer, jedes Mal, jeden Morgen. Aber er versuchte nicht, sie zu verstecken, er wollte bloß verbergen, ohne Grobheit, was die Augen hätten fragen oder verraten können.

Er war damals zweiunddreißig. Von neun bis fünf machte er sich in den Räumlichkeiten eines riesenhaften Büros breit. Er liebte das Geld, sofern er genug hatte, so wie andere Männer sich zu großen dicken Frauen hingezogen fühlten, mochten sie auch älter sein, was sie nicht störte. Auch glaubte er an das Glück der anstrengenden Wochenenden, an die Gesundheit für alle vom Himmel, an die frische Luft.

Er war da und dort, demonstrierte immer Herrschaft über alle Arten von Glück und Versuchung. Er hatte die kleine Frau geliebt, die ihm Essen machte, die ein Kind bekam, das im ersten Stock ohne Unterlaß weinte. Nun betrachtete er sie mit Verwunderung, sie war, flüchtig, irgendwie arm, stand weit unter ihm, war tot wie eine Unbekannte, deren Namen uns nie erreicht...

Mit Bezug auf das Copyright kann nur dieser kleine Ausschnitt gezeigt werden.

Optimale Wiedergabe der Rasterbilder für Zoom 100% oder 200%:
Auflösung 72dpi (statt 96dpi) in Adobe Reader oder Acrobat einstellen

Reproducción óptima de las imágenes rasterizadas por el zoom 100% o 200%:
se ajusta la resolución 72dpi (en vez de 96dpi) en Adobe Reader o Acrobat

Fuentes españoles:

Juan Carlos Onetti
Tan triste como ella
y otros cuentos
Lumen, Palabra en el tiempo 118
Barcelona 2001

<http://www.lamaquinadeltiempo.com/prosas/onetti02.htm>

Fuente alemana:

Juan Carlos Onetti
So traurig wie sie
Erzählungen
Suhrkamp Taschenbuch 1601
Frankfurt am Main 1989

– usado solamente para unas correcciones /
verwendet nur für ein paar Korrekturen

Fotografía:

Gernot Hoffmann

Traducción y diseño:

Gernot Hoffmann

Gracias a Violeta Raicich por su ayuda